

## PINCELADAS DE BASCONIA



### LA MISA MAYOR EN LA ALDEA



Al débil soplo de aura suave, que despierta alegría en todos los corazones, y energías en todos los espíritus, muévense los verdes follajes de nuestras campiñas florestas; el sol, apagando con sus resplandecientes fulgores las luces encantadoras de todos los demás astros, se extiende á todos los horizontes; los horizontes irradian en todas las frentes; la humanidad saluda al Creador con himnos de plegarias silenciosas que enaltecen la belleda incomparable de la naturaleza toda; los ríos que culebreando corren su curso y agrandan nuestras inmensurables montañas, deslizanse tranquilos entre el susurrar de los cañaverales y el cruzar de las anchurosas hojas; las fragantes flores que adornan los alrededores de los caseríos despiden los más gratos perfumes que embalsaman el ambiente; los torrentes rompiendo todos los escollos continúan su rápida carrera por las escarpadas rocas de las alturas; la tierra despide por medio de ráfagas de luz el rocío que la empaña, por los Arboles, enramadas y follajes pían, trinan y aletean mil variados pájaros saludando con gorjeos enloquecedores al hombre que se levanta hácia su Dios; el cielo besa en la frente de la hermosa Euskaria; ella recibe el aliento de su Dios; la lira de la felicidad y el concierto de la más envidiable alegría reina en los espíritus de los habitantes de nuestros caseríos, y entre esta hermosura y belleza y ese cuadro tan variado é ideal, suena en la aldea el *tilín-talán* de las Campanas que con su lenguaje de metal van llamando á los fieles para congregarse bajo las bóvedas de la antigua é histórica iglesia.

Bajan por los angostos y tortuosos caminos las ancianas con la lisa

mantilla en la cabeza, vestidas en general de negro y con un manojo de *kandeilla* que han de encender durante la Misa mayor, y hundiendo las extremidades de los dedos en el agua bendita, entran con veneración y profundo respeto al templo, en donde se arrodillan, elevando fervorosas preces; siguen las mozas, que pasando por los prados y manzanales, recibiendo agasajos y *ariyos* risueños de los *mutill-gazteak* caminan gentilmente y con gracia hasta colocarse al pie de los altares y servir de edificación á los demás feligreses.

En las inmediaciones de la iglesia se forman numerosos grupos de gente casera; sobre un banco de piedra están los más ancianos; imberbes en la mayoría, con blusa oscura y sandalias ó abarcas; fuman con la blanca pipa el tabaco que tanto les agrada, y cambian en sus conversaciones las impresiones que durante la semana han podido recoger; ora sobre la producción de la tierra, ora sobre los resultados de las sidras, y los más positivistas sacan á relucir las rentas y obligaciones que su *nugusiya* les impone, ponderando los excesivos trabajos que suponen el importe de semejante carga.

Algo más lejos se ve otro grupo, compacto, bullicioso, de gente llena de vigor y de energía, de semblantes en donde se refleja pureza de sentimientos y de corazón; de elevadas estaturas, de francas miradas, sus manos se hallan duras y encallecidas por el constante trabajar en el campo; muchos de ellos son hijos de aquel otro grupo de ancianos venerables; todos nacidos en la noble Euskaria, en el país más independiente del mundo, en el país de los Fueros, en el país de Legazpi y Urdaneta; esta juventud es descendiente de quella gloriosa é incomparable vanguardia de bascongados de los ejércitos de Aníbal á quienes tributo un homenaje de admiración, después de haber herido en el corazón de Roma, alcanzando memorables victorias contra los cónsules Marco Terencio Varrón, Lucio Pablo Emilio, Cayo Flaminio, etcétera; esta juventud es descendiente de aquellos hijos de Euskaria que desplegaron un heroísmo sin igual, por la defensa de su independencia contra las huestes del Emperador Augusto, y contra el orgullo y tiranía de Caristio, Antiotio y Firmio. Y por último esta juventud es descendiente del famoso guipuzcoano Juan de Urbietta, que hizo prisionero á Francisco I de Francia en la batalla de Pavía, y de los que rechazaron la invasión de los sectarios calvinistas que intentaban penetrar en Guipúzcoa. ¡Juventud gloriosa! ¡Juventud honra de la gran Euskaria!

Sus conversaciones son bien distintas de las del grupo de ancianos; no hablan de la producción de la tierra, ni de las rentas que les tributan, ni de los trabajos que sufren, ¡no!; hablan de sus *aiškirias* que faltan en casa, de una porción de jóvenes que no existen en la aldea ni en el caserío; y recordando que han abandonado su patria y que lejos de ésta se encuentran en un país completamente distinto por su espíritu, por su lengua, por su legislación, por sus usos y costumbres, etc., recordando que aquel *lagun-zarra*, rozando con gentes distintas á su manera de ser y de vivir rasgará acaso el velo delicadísimo que cubre las santas costumbres de su país, dirígenle miradas melancólicas y entristecidos los ojos de pena piden al Eterno en la tradicional Misa mayor los Fueros de Euskaria para la salvación de su juventud.

¡Cómo llama la atención del forastero la juventud de nuestras montañas! ¡Cómo entusiasman sus sencillas diversiones, su honesto vivir, su arrogante porte! ¡Con qué aseo y limpieza se presenta en el pueblo! Su azulada blusa cubrirá la blanca y almidonada camisa en tanto que los planchados pantalones y blancas alpargatas lucirán cual si fueran de oro y grana entre la gente del pueblo que acude á la misa.

Estridentes gritos, clamoreos incesantes, descompasados movimientos, ruido, voces y sordo ruido de pelotazos se nota algo lejos, como al terminar de la aldea, como al final de una larga calle. Los chiquillos se divierten; el grupo es muy numeroso más que el de los anteriores; entre ellos se notan algunos vestidos de sotana; son los monaguillos que aprovechan los minutos que faltan hasta que llegue el *bikariyo jauna* al pórtico de la iglesia, para pasar en alegres franca-chelas y diversiones honestas, el rato que les ha quedado después de haberse preparado para salir á Misa mayor.

En todos ellos brilla con esplendorosa claridad la diadema de la inocencia más virginal, en sus frentes irradian los brillantes del sentimiento religioso y las esmeraldas de la humildad más consoladora; llevan por heraldo la democracia bascongada y por emisario la libertad foral; su cuna, es Euskaria; su tradición, la nobleza bascongada; sus costumbres, cubiertas de la aureola de incomparable pureza; su vida toda, envuelta en los pliegues del sudario de la felicidad.

Aquellos estridentes gritos son apagados por el último toque de las campanas que anuncian el comienzo próximo de la Misa, y con la llegada del *bikariyo jauna* todas las conversaciones de los grupos callan, todos los rostros se conmueven, ninguno sigue sentado, todos

sisean, balbuciendo el nombre del párroco, y con el profundo respeto y acendrado amor que guardan hácia él todos quitan su *chapela*, para enseguida seguir entrando en la iglesia y acomodarse en los bancos próximos al altar mayor.

Este es uno de los actos en el que se patentiza elocuentísimamente el espíritu religioso que engendra el país euskaro.

Durante la Misa todos se hallarán en el silencio más sepulcral; hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos; unos siguiendo la misa con libros de devoción; otros rezando el santo rosario; las mujeres elevando silenciosas plegarias que á veces son interrumpidas por el gotear de la cera que arde á su lado; en el coro cantan angelicales voces de niños de la aldea y de los caseríos que formam la capilla de la iglesia; y al finalizar la Misa todo el mundo sale con el mayor orden y compostura.

El día del hidalgo y gran bascongado San Ignacio de Loyola, es de ver cómo en todos los pueblos y aldeas de las Provincias Bascongadas, muy especialmente en las de Guipúzcoa y Bizcaya, el pueblo en masa canta con delirante entusiasmo después del último evangelio de la misa la hermosa marcha del universal santo.

Vuelven á formarse otra vez después de misa los mismos grupos que anteriormente y entre ellos cambia de impresiones y dirige conversaciones amenas y chispeantes el venerable párroco, á quien le escuchan con verdadero interés y elocuente silencio, aunque le abandonen al poco rato para dirigirse á tomar algunos *baño-erdi* tan imprescindibles para la gente del campo.

En los alrededores los chiquillos juegan á la pelota, y á los pocos momentos, á las campanadas de las doce, todos se retiran á sus familias para alimentarse de sana y bien condimentada comida. Todos rezan el *Angelus*, y á todos encomienda el celoso párroco de la aldea.

El silencio es dueño de la aldea; la soledad escucha el chocar de los platos y ruido de cubiertos. Nadie transita por sus contadas calles. Las puertas de la iglesia están cerradas.

ADRIÁN DE LOYARTE.

